

Relatos sobre sirenas en el sur de la Ciudad de México

En un curso que impartí, Taller de Artes Literarias I, en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, a partir de un ejercicio de recolección de relatos de tradición oral, me sorprendió un estudiante, quien, buscando historias de la Llorona en Xochimilco, se encontró con una cuyo tema eran las sirenas. Por ello, en el siguiente curso que impartí de Lenguaje y Pensamiento II, en 2014, pedí a los veinticinco estudiantes que localizaran y recogieran relatos sobre sirenas en las delegaciones al sur del Distrito Federal donde hubiera lagos, como Tláhuac, Xochimilco y Milpa Alta. Después de muchas complicaciones, incluida la búsqueda de narradores orales tradicionales, años después, junto con otros estudiantes de la carrera de Arte y Patrimonio Cultural, volvimos a Milpa Alta, de tal suerte que la búsqueda de sirenas en la Ciudad de México duró cuatro años, entre largos periodos en los cuales no se encontraron informantes.

La empresa de recolección de estas narraciones orales no fue fácil porque, aunque la mayoría de las personas con quienes se tuvieron los primeros acercamientos sabían de la *existencia* de las sirenas —sobre todo en Iztapalapa y Xochimilco—, estas no conocían historias como tales, por lo que podría pensarse que en el pasado estas historias fueron muy comunes, pero que ahora se está perdiendo su transmisión. En Tláhuac, prácticamente estas historias han desaparecido, aunque, insisto, la gente sabe de ellas. Sólo obtuvimos un relato en el Bosque de Tláhuac, mismo que se encuentra en la delegación Iztapalapa. En Xochimilco, la transmisión se ha visto contaminada por ser zona turística: los trajineros ya no cuentan la historia en variantes, sino lexicalizada. Finalmente, en algunos pueblos de Xochimilco y Milpa Alta se encontró a quienes conocían algunos relatos también,

diversos, heterogéneos, pero cuyo personaje principal era este ser mitológico.

Los informantes son campesinos, comerciantes o trajineros de edad avanzada, si bien también hubo dos jóvenes que nos contaron la historia, además de una promotora cultural, cuyos relatos fueron de la llamada *leyenda urbana* o rumor, a una nueva versión de un cuento de autor. En la medida de lo posible, se respetó el habla de los informantes en la transcripción que aquí se presenta, salvo en casos en los que se dificultaba la lectura; en el relato de don Genovevo, auténtico narrador oral tradicional, fue necesario hacer recortes, pues la conversación era muy larga.

En términos generales, se presenta sólo un motivo: la sirena seductora que hace daño con el fin de ahuyentar a los hombres, quienes en su uso genérico pueden, a su vez, dañar las lagunas, es decir, apropiarse del agua y derrochar el preciado recurso (me extenderé en ello, en un análisis posterior). Asimismo, fueron recogidas también algunas *experiencias* que la gente dice haber tenido con estos seres maravillosos, y que en general coincide: vieron su cola, cuando regresaba a las profundidades, y se asustaron mucho. En ese sentido, el género de los textos recolectados varía, pues algunos se presentan como vivencias, testimonios de los narradores, y otros, como leyendas que provienen de una tradición mítica.

También agregué otros relatos muy interesantes que los informantes incluyeron en su conversación, como el de la Llorona, Juan Carnero y los pequeños seres de aire.

En estas delegaciones se encuentra la mayoría de los llamados *pueblos originarios* de la Ciudad de México, cuyos habitantes aún conservan varias características de las comunidades indígenas de la época de la Colonia. Se definen de esta forma:

Los pueblos asentados en las orillas de la ciudad de México antes de la conquista española, y otros refundados durante la época colonial, se autodenominan originarios. Tras la eliminación del régimen municipal en el Distrito Federal en 1928, la autoridad local quedó indefinida en esas comunidades. Antes se elegían en

asambleas públicas por usos y costumbres, después de lo cual se procedía a legalizar su posición. En la actualidad los subdelegados o coordinadores siguen siendo electos por su pueblo, pero están subordinados al jefe delegacional, debido a una indefinición jurídica (Ortega, 2010).

Xochimilco es una de las 16 delegaciones de la Ciudad de México, y se ubica al sureste. Abarca un espacio de 122 kilómetros cuadrados. Dado su carácter de pueblo productor, ha sido importante para la alimentación de la ciudad en toda su historia, aunque es famosa hoy en día gracias a sus atractivos turísticos, por ser —junto con Tláhuac y Milpa Alta— uno de los sitios donde sobrevivieron los lagos prehispánicos que caracterizaban la ciudad mexicana, y en los cuales se puede pasear en las típicas trajineras. Xochimilco, según el Instituto Electoral del Distrito Federal, tiene catorce pueblos originarios: San Andrés Ahuayucan, San Francisco Tlalnepantla, San Gregorio Atlapulco, San Lorenzo Atemoaya, San Lucas Xochimanca, San Luis Tlaxialtemalco, San Mateo Xalpa, Santa Cecilia Tepetlapa, Santa Cruz Acalpíxca, Santa Cruz Xochitepec, Santa María Nativitas, Santa María Tepepan, Santiago Tepalcatlalpan y Santiago Tulyehualco.

En lo que respecta a la delegación Milpa Alta, esta se ubica en el suroriente de la ciudad, ya muy cercana al estado de Morelos. Cuenta con un territorio de 228 kilómetros cuadrados. Es importante mencionar que fue un lugar importante en la época de la Revolución para el Ejército Libertador del Sur, de Emiliano Zapata. También es importante para abastecer de alimentos a la capital del país. Muchos de sus habitantes aún hablan náhuatl. Posee varios atractivos turísticos, pero quizás el más importante es el Santuario del Señor de Chalma; los siguientes son los once pueblos originarios que ahí se encuentran: San Agustín Ohtenco, San Antonio Tecómitl, San Bartolomé Xicomulco, Francisco Tecoxpa, San Jerónimo Miacatlán, San Juan Tepenáhuac, San Lorenzo Tlacoyucan, San Pablo Oztotepec, San Salvador Cuauhtenco, Santa Ana Tlacotenco y Villa Milpa Alta.

Los barrios de Iztapalapa, la delegación más conflictiva de la Ciudad de México, cuentan con una población de 1 815 786, y apenas una superficie de 117 kilómetros cuadrados, aproximadamente, por lo que es considerada la demarcación más poblada de la capital del país. Aunque sigue habiendo discusión sobre su división en pueblos originarios, y aún no hay un reconocimiento oficial de los mismos como tales, se reconocen los siguientes: Aculco, Apatlaco, Culhuacán, Los Reyes Culhuacán, Magdalena Atlazolpa, Mexicaltzingo, San Andrés Tetepilco, San Andrés Tomatlán, San Juanico Nextipac, San Lorenzo Tezonco, San Lorenzo Xicoténcatl, San Sebastián Tecoloxtitlán, Santa Cruz Meyehualco, Santa María Aztahuacán, Santa María del Monte, Santa María Tomatlán, Santa Martha Acatitla, Santiago Acahualtepec e Iztapalapa. Muchos de estos pueblos colindan con la delegación Tláhuac.

Finalmente, esta última delegación, Tláhuac, comprende 83 kilómetros cuadrados, al sureste del antes llamado Distrito Federal. En ella se encuentran dos canales que están en proceso de desaparición. Sus comunidades también se adhirieron al zapatismo. Sus pueblos originarios son: San Pedro Tláhuac, San Francisco Tlaltenco, San Andrés Mixquic, Santiago Zapotitlán, Santa Catarina Yecahuízotl, San Juan Ixtayopan y San Nicolás Tetelco.

Un elemento muy importante de las narraciones que expondré a continuación es una marcada característica, por decirlo de alguna forma, ecológica: “Es conocido el hecho de que los pueblos originarios tienen una importancia crucial en la conservación de los escasos recursos naturales, los bosques y las aguas indispensables para la viabilidad futura de la megalópolis” (Gomezcézar, 2008: 22). En el artículo que se puede encontrar en este mismo volumen, abundaré al respecto. Esperamos que disfruten estas historias, tanto como nosotros disfrutamos escucharlas en la voz de los narradores orales.

GRISSEL GÓMEZ ESTRADA

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

[1.] Cuidaban los manantiales

Ah, no, no sé nada de sirenas. Así, profundo, no, nomás comentaros así muy, muy leves. Es poca la información. Pero así como una leyenda, como una narración, no. Pues, se supone que también están dentro del mito. O sea, nadie sabe que existieron y algunos comentan que sí, pero pues no... No es lo mismo que una leyenda, que las leyendas sí, tienen un tiempo y lugar. En el caso de los mitos, no, no hay cómo corroborar ni la fuente ni qué tan cierto pudiera ser. En cuanto la gente lo repite, pues, siguen existiendo. Le digo que lo que yo sé de las sirenas nada más es eso, que cuidaban los manantiales y ahí las veían a veces. Pero ahí está la otra: no eran sirenas, eran sirenos. La versión que yo sé, eran sirenos. Pero se supone que es una práctica de los antiguos para proteger los bienes naturales. En cualquier civilización se protege. En este caso, era una forma de proteger el agua. Igual la del Charro Negro, igual. Para el sexo femenino: “No te acerques al manantial porque sale el Charro Negro y te lleva”. Para el opuesto, las sirenas te encantan y te llevan al agua, como una forma de no acercarse al manantial. Básicamente, en eso gira la que yo sé: sirenos o sirenas eran que custodiaban las fuentes de agua, manantiales, que ahora ya están secos.

*Informante: Antonio Mendoza, comerciante, 54 años.
Pueblo de Nativitas, Xochimilco.*

*Entrevistaron: Marisol Cristóbal Alvarado
y Yesenia Arantza Anaya Méndez,
4 de noviembre de 2014.*

[2.] Se le apareció una sirena

Mi papá me platicó que fue a ver su milpa. Iba a la laguna y se le apareció una sirena. Cuando se le apareció, y cuando la volteó a ver, la sirena ya se había desaparecido. Y siguió caminando como

si nada. Y pues sí, se asustó, pero no lo tomó mucho en cuenta y siguió realizando su camino, hasta olvidarse de lo que había visto. Y ya. La vio, estaba en una laguna y se salió la sirena y le vio todo el cuerpo. De arriba, pues tenía cuerpo de una sirena y abajo normal, como pescado. De ahí, pues ya no, fue todo lo que vio. Se espantó porque le dijeron que si la oía cantar se lo podía llevar. Y ya no volvió a voltear, porque si volteaba se lo iba a llevar. Ese es el cuento de los señores grandes, que son muy creyentes de lo que les dicen de las cosas, antigüedades. Y pues ya no volteó a ver por lo mismo, se espantó. De que existen las sirenas, sí existen, y sí son reales, y sí espantan al momento, porque uno como nunca las ve, pues sí, se asusta uno. Y de ahí no volteó; siguió su camino y siguió realizando su trabajo, y hasta que se le olvidó. Ya después me lo platicó lo sucedido que le había pasado.

Pues cuando cantan es cuando te llevan. Y si volteas a verla y si te canta, pues, como dicen los señores antigüitas, pues sí, si voltean a ver, cuando están cantando, no al mismo tiempo, pero sí llega a suceder, si se los llevan, les da un paro cardíaco del susto.

*Informante: Joel Martínez Téllez, comerciante, 48 años.
Tepepan, Xochimilco.*

*Entrevistaron: Marisol Cristóbal Alvarado
y Yesenia Arantza Anaya Méndez,
4 de noviembre de 2014.*

[3.] A la mujer, las engranaba

...Como si tuviera varicela, sarampión, así se engranaba. Y más que nada, a pesar de que la sirena puede ser que sea más de Europa, por aquí en Xochimilco sí suena, mucha gente la ha visto. Escuchado no, no hay mucho relato de que la haigan escuchado, pero visto, casi por lo regular la veían bañándose. Y la gente que pasaba a pescar, también la llegó a ver en la pesca.

No se llevaba a los niños, era más que nada eso, no las marcaban aquí como malas. En alguna otra mitología sí la tienen como mala, ¿no? No, aquí era, de que la llegaban a ver, era vista bañándose, y te digo, que nomás cuando tú la atrapabas en la pesca, en la red la enredabas, te daba monedas de plata. Y cuando una mujer la llegaba a ver, a la mujer, las engranaba, o sea, las hacía así. Ese mito es muy sonado en la laguna de Xaxalpan, que es una de las lagunas que tiene Xochimilco. La laguna de Xaxalpan está ubicada en la calle de Jardineras, hasta el fondo.

Ya no la hemos visto. No, no. Lo que pasa es que con el paso del tiempo toda esa zona antes eran maizales; toda la chinamparía, todas las chinampas todavía se dedicaban al cultivo. Ahora no se ha oído mucho, o sea de que la haigan visto y eso, pero en antaño te digo que la gente de antes, sí. Te hablo yo creo fácil como de treinta años, treinta, treinta y cinco años. No sé, pero sí, varias personas de la gente adulta y mayor son relatos que nos han dado, no datos fijos pero sí algo de ellas.

*Informante: Francisco Jiménez, trajinero desde los 8 años, 39 años.
Embarcadero de Fernando Celada, Nativitas, Xochimilco.*

*Entrevistaron: Marisol Cristóbal Alvarado
y Yesenia Arantza Anaya Méndez,
4 de noviembre de 2014.*

[4.] Fue la sirena la que lo mató

Hola, yo me llamo David, estoy muy bien y te voy a contar la historia que mi abuelo me contó sobre la Isla de las Muñecas. Hace mucho tiempo había un señor que se llamaba Julián Santa Ana, que cosechaba verduras, frutas, y las vendía en pueblos. A nadie le hablaba, era muy solitario. Él iba a las pulquerías, muchas pulquerías, y a las muñecas que se encontraba, muy feas, llegaba a su casa y las colgaba que para que se fueran los espíritus malos.

Y dicen que hace mucho tiempo ahí se ahogó su hija, dicen muchos, pero era una señora la que se murió.

Hace mucho tiempo, unos reporteros fueron a investigar y le preguntaron al señor que por qué ponía esas muñecas; él contestó que para que los malos espíritus y que para que la sirena no se lo llevaran; y que él una vez fue a pescar y se encontró un pez muy grande, pero se le escapó dos veces, y después fue a pescar otra vez y se encontró con la sirena, y él le cantó para que no se lo llevara.

Su sobrino le dijo que tuviera mucho cuidado, que para que no se lo llevara la sirena, y le dijo su sobrino que él iba a ir a ordeñar a las vacas y que al rato iba a regresar. Pero regresó el sobrino a su casa del señor; pero no había nadie, y que fue al río, bueno, al canal, y que vio a su tío muerto, ahogado, y que dice: "Fue la sirena la que lo mató". Muchos dicen que fue un paro, pero el sobrino dice que fue la sirena la que lo mató.

Mi abuelo, Alejandro Aguilar, me contó esa historia hace mucho tiempo. Se la he contado a mis amigos.

Informante: David Aguilar, estudiante, 8 años, Xochimilco.

Entrevistó: Roberto Cortés Morales, 3 de noviembre de 2014.

[5.] El niño decía que iba a agarrar un pescado de colores

Eso es lo que nos contó mi papá. Y hace años, también, porque antes cuando se terminaba el agua se iba a traer aquí al ojo de agua. Había un ahuehuate bien grandote. Y se oyó decir, y sí fue cierto, que un jovencito como de unos quince años, y esa señora me platicó, porque ella vino con él, ¿verdad?, se acompañaron a traer el agua, y ella dice que vio que el niño decía que iba a agarrar un pescado de colores, pero el pescado como [que] ¿chillaba?, no se dejó agarrar. Entonces llegó a su casa como en unas horas, a las dos horas, el muchacho se enfermó. No sé si fue aire, pero muy grave que se puso, y fueron a llamar un doctor. Pero él no

le hizo nada. Su mamá cuenta que veía cosas el niño, entonces veía como que andaba... un hombre de un traje [...]. Entonces este niño se murió, falleció. Cuando el niño se iba para la iglesia, empezó a caer gotas nada más, pero gotas, no a llover fuerte, y aire. Y cuando el niño salió de la iglesia, ¿verdad? (aquí antes se sepultaban aquí en la iglesia, en el atrio se sepultaban todavía), y cuando el niño ya se iba a sepultar empezaron a caer otra vez gotas gruesas y empezó a hacer aire.

Cuando yo llegué a la escuela sí se veía el agua, porque ya después la empezaron a entubar. Y se veía el agua, donde pasaba el agua para la entubación se veía muy bonita, porque era cristalina. Se la llevaron para la ciudad de México, entonces cuando fue el acueducto que hicieron allá arriba, ¿verdad?, pero fue en tiempos de Porfirio Díaz cuando empezaron a hacer el acueducto para que se la llevaran.

Y había unas bombas para sacar el agua de abajo para que se la llevaran. Y por eso desapareció la sirena. Y cuando la sirena se fue... ya no volvió a haber agua aquí. Los canales se secaron. Y ahora mandan esa agua sucia, que dicen que la procesan, pero...

Informante: sin datos.

*Entrevistaron: Beatriz Córdova Alonso
y Regina Haydée Cruz Cruz,
23 de octubre de 2014.*

[6.] Rasgos generales de las sirenas

Sobre la sirena de aquí, de San Salvador, se comenta que aquí en la laguna, los hombres que luego van caminando solos ven en la laguna una represa de agua que tenemos; ven que luego anda una mujer en la orilla de la laguna y se pone a cantar. Y se han arrimado muchos; ven que se mete al agua y le alcanzan a ver la cola como de pescado. Entonces dicen muchos que se queda sorprendida la gente de ver la leyenda o el cuento aquí en la laguna.

Y yo digo que sí se han de ver esas cosas acá, pero se comenta mucho. Yo he tratado de ver eso y pues no lo he visto, pero muchos lo han comentado que han visto a una muchacha cantando en la orilla de la represa. Como la represa está grande, pues se sorprenden cuando la ven, que es muy hermosa; su canto es un poquito largo pero muy bonito. Entonces a veces la gente [que] va pasando ya hasta les da miedo, pues es por lo regular a personas que les gusta tener muchas mujeres, que les gusta, este..., o luego los ven caminando, andan caminado solos, y se han acercado, y pues sí, han alcanzado a ver que cuando se hunde es una muchacha muy guapa, pero con cola como de pescado.

Como esta laguna está retirada, está con rumbo al monte, a su orilla, muy poca gente llega a pasar por ahí. Ahí hay agua que se va para la ciudad, del otro lado del estado, que es Parras. Ahí ya entubaron el agua también para que esa gente de ahí tenga agua potable. Pero la tienen mejor que toda la delegación Milpa Alta, pues esa agua es directamente del agua que nace de ahí.

Otras figuras femeninas malignas

Yo viví dos tiempos, la rural y la época moderna, en el tiempo que tengo yo de vida, pues soy una persona mayor... Pues, sobre de eso, para nosotros, más que cuentos son experiencias que hemos tenido aquí en Milpa Alta. En la época rural era cuando la gente transitaba aquí de un pueblo a otro pueblo acarreado su agua en condiciones muy malas, se puede decir: no había luz, no había carreteras, todo era por veredas, caballos, pero nunca, nunca se *allegaba* a hablar como ahora en la época moderna de que "Voy a llevar mi camioneta".

Antes, a la una, a las dos, las dos, once de la noche, las nueve, la gente caminaba, toda la noche caminaba la gente para ir a traer agua a los..., ahora sí que antes había pozos, no había llaves, había pozos donde los abuelos rascaban para poder sacar el agua. Entonces, la gente se concentraba en esos pozos que abastecía todo Milpa Alta. Venían de diferentes pueblos a traer agua. Yo

vivo aquí en la colonia de San Juan Tepenahuac, y como es una parte baja, es donde los cerros están más abajo, pues era donde los abuelos le calculaban o no sé, ¿no? Por experiencia de ellos, se ponían a rascar y le sacaban agua. Bueno, ya nos estamos saliendo un poquito del tema, ¿no? Bueno, así yo viví mi tiempo antes, esos son los tiempos antes. Yo te estoy comentando los dos tiempos. En la época rural se manejaba, este, que circulaba, que le decían caminos reales por donde circulaba toda la gente. Y, este..., me tocó ver todo eso, ¿no? Hasta la gente cuando se vestía de blanco, o sea, eran calzoncillos, pantalones, pero eran calzoncillos blancos de manta. Yo todo eso todavía lo conocí.

Y, este..., sobre eso los mismos abuelos se oían muchos comentarios; yo estaba chico y oía que platicaban los abuelos, ¿no?, que hablaban principalmente que de la Llorona, del muerto, hablaban de varias cosas que para muchos son cuentos son, se puede decir, que son historias o leyendas. Y la realidad, aquí en Milpa Alta, han sido realidades, han sido realidades, no nomás de la Llorona, sino ha habido de otras cosas que los abuelos cuentan que a veces hasta se estremece uno de lo que cuentan. Por ejemplo, a mí me tocó recibir una experiencia de la Llorona, pues no fue ni cuento ni nada fue una realidad. Yo he oído que cuando chilla o sea es un chillido largo donde va gritando "Ay, mis hijos", pero es largo. Y yo, en ese momento, mi cuerpo como que se enchinó; de momento pues sí me espanté, eran como las 8 o 9 de la noche cuando yo iba caminando de Milpa Alta a San Juan Tepenahuac. Más o menos tenía como 16 años, te estoy hablando como del 80, en el 80 o 85 te estoy hablando. Y sobre de eso, a mí me toco venir caminando de Milpa Alta... Eso lo oí en el aire, ¿no? Como yo te menciono: el chillido o el grito de la Llorona. Pero sobre de eso, para nosotros aquí en Milpa Alta, no son leyendas ni historias ni nada, son realidades.

La otra experiencia que yo he oído es de que ha habido gente que ha escuchado voces sin ver a nadie, han visto a mujeres blancas. Dicen que cuando las ven muy coquetas y muy guapas, blancas, pero cuando se fijan en los pies, nomás están flotando. Y así es la misma. Todo eso nos lo han transmitido los abuelos. Entonces,

todas esas experiencias yo ya las he vivido. Ya las he vivido: he escuchado caballos correr sin ver nada; he escuchado pasos sin ver nadie; he visto, este..., he oído el chillido de un muerto, estremecedor, y hasta el mismo cuerpo se queda, cambia de, como si cambiara de... como si tuviera miedo sin tener miedo: el cuerpo como que se enchina. A veces cuerpo es otro y la mente es otro.

Ha habido, este..., ocasiones en que la gente se ha armado de valor; han visto o han seguido a una mujer blanca, y es donde yo he tenido esa experiencia de que he platicado con compañeros que dicen: "No, oye — dicen —, en la noche vimos a una mujer blanca que iban pasando en la calle". Y antes las calles eran de terracería. La gente salía al baño, a las calles a orinar, y en eso, cuando salían, a veces salía un vecino o vecina de la casa de enfrente, de la casa de un lado. O sea, no, en pocas palabras, ni drenaje había. Todo estaba muy, era como ranchería, acá; y en una de esas me comentaron que ellos salieron como a la una de la mañana y vieron que una mujer blanca iba pasando. Y pues, te digo, el cuerpo es uno y la mente es otra: se armaron de valor y la fueron siguiendo; cuando ellos llegaban a una esquina, la mujer blanca ya iba en la otra esquina y sí así la iban siguiendo. Ya cuando vieron que ella iba por lo más lejos o lo más oscuro, mejor se regresaron. Pero, al otro día, la gente que no aguantaba perdía el habla; y este..., aparte de que perdía el habla, los que no aguantaban se morían, o sea, fallecían, al tercer día o en la noche ya estaban muertos. ¿A qué se debe? Se los ganaba o, como dicen por ahí los abuelos, o la impresión, no aguantaba su cuerpo, porque el cuerpo es uno y la mente es otra.

Y así pasa lo mismo [con] la Llorona. Yo he tenido varias experiencias donde en Xochimilco también me han comentado compañeros que yo conozco y he conocido que ahí sobre los canales... Antes eran chinampas donde se dedicaban a la calabaza, al jitomate, así, se dedicaban a la hortaliza, a cultivar, este..., todo tipo de verdura, inclusive hasta, como dicen por ahí, en Xochimilco, eran las chinampas famosas porque xóchitl es de flor de muerto. O sea, ahí se dedicaban a la flor de muerto en la época de muertos, de ahí salía toda la flor de muerto. Ellos eran, inclusive, los

portadores de todos los pueblos de por acá donde se iba a consumir la flor, la de Xochimilco. Por eso se le puso, y hasta la actualidad, se nombra la reina, la mujer más hermosa de x, o más bella, que viene siendo la de las flores. Sobre de eso, pues antes eran igual, era terrenos de siembra, eran chinampas de cultivo, hortalizas, en la actualidad pues ya son, este..., casas, casa habitación. O sea, las chinampas desaparecieron. Pero qué es lo que pasa ahora; que la gente que se va a vivir ahí oyen muchas cosas de lo que ya tú me preguntabas, de la Llorona, ¿no? Que pasa gritando por los canales y la gente se estremece, les da miedo, y no nomás lo oye uno, lo oyen toda la gente. Si habrá más de cincuenta o más de cien o más de mil casas sobre los canales — porque ya las chinampas desaparecieron —, todo el mundo la oye.

Entonces, este..., el hombre, pues ha habido, con esa experiencia que yo tengo, ha habido personas que lo meten como... (escritores principalmente, ¿no?, que se dedican a los libros, a historias, y todo eso), pues ya lo pasan como una historia o un cuento, o como una obra de teatro, pero a veces mucho... por ahí dicen que, y yo he escuchado mucho, el hombre se burla mucho de la muerte.

Ha habido gente que ha tenido esas experiencias, no sé si sea suerte, como dicen por ahí, de oír todo eso, pero también hay mucha gente que no oye nada y no se cree nada. Pero si usted es, este..., yo he, también yo he tenido la suerte de viajar en los estados, por trabajo, y han mencionado también mucho de lo de la Llorona y las mismas historias; casi son las mismas historias de los estados a las que nosotros oímos en Milpa Alta. Es lo mismo, o sea, no sé cómo se..., pero coinciden todos, no es mucha la diferencia, todo coincide: lo que oye uno, lo ven en otros lados, lo que comenta uno, lo comentan también acá, en el Distrito.

Entonces, sobre de eso, hay muchas cosas, por ejemplo, yo te voy a contar una parte donde, este..., un señor..., se dedicaron a limpiar una, este..., cómo te puedo decir, antes le decían aljibe, 'onde se dedicaban, 'onde iban a enterrar, este..., los difuntos que se morían. Una vez estaban arreglando un panteón o aljibe, como le decían, como lo conocen por acá, lo estaban arreglando. Y en

eso, creo que fue error o equivocación: desbarataron una cripta, una tumba. Y había un, este..., una, yo creo que había fallecido una muchacha, una señora, con sus trenzas largas — todavía eran de trenzas —, y todavía cuando la abrieron dicen que, bueno, fue un compañero mío, que cuando la abrió, dice: “Ay, cómo no te conocí antes”, le empezó a hablar a la calaca, a la que ya estaba muerta: “Cómo no te conocí antes”, y hasta le decía: “Ay, mamacita, yo creo que estabas bien buena”, así, o sea vulgaridades empezó a decir de relajo el muchacho este. Cuál fue la sorpresa, le digo, que se fueron a su casa y le empezó a decir como si estuviera viva, ¿no?: “Ay, te hubiera conocido, mamazota, me hubiera juntado contigo, corazón”, o sea, así le empezó a decir, como piropos a la calaca, o sea, a la difuntita, que por error se abrió ahí el panteón, y este muchacho empezó a hacer relajo ahí. Y cuál fue la sorpresa que... (y fíjate, eso es realidad, y eso yo lo vi y lo comentaron mis...), y ese mismo nos lo comentó que en la noche, como a la una o una y media, le fue a tocar.

Fíjate, yo te estoy diciendo más o menos la hora en que él me dijo, pero como este cuate, habíamos tomado en el panteón porque se acostumbra de que: “Vamos a tomar una cerveza, o un alcohol”, pues ya nos vamos casi medios borrachos después de haber hecho una faena, un rato de labor en el pueblo. Sobre de eso, ya nos fuimos cansados, un poco mareados, borrachos, y para no hacértela larga, que al otro día nos cuenta: “No, saben qué fue lo que me pasó” — dice — “me fue a ver la difuntita que le estaba hablando”. Y todos no le creíamos. No — dice —: “Sí, me fue a ver”. Y dice: “Aquí estoy, papacito, ¿no que me querías? ¿No que me querías ver?”, dice. “Ya vine a buscarte”. Y este cuate, yo creo por lo borracho, por lo que habíamos tomado, que se arma de valor y saca su retrocarga: “Te engañé”, y que empieza a disparar su retrocarga, y hasta parece mentira, el señor iba correteando al aire.

O sea, y son realidades, son realidades. Y ha habido muchas experiencias así.

Informante: Miguel Ángel Molina Ibáñez, 50 años. Milpa Alta.

Entrevistó: Cecilia Denit Molina Peralta, mayo de 2014.

[7.] Leyenda de la sirena del manantial de San Juan Acuexcómatl

¿Te la cuento? Bueno, a mí. Esto ha pasado de boca en boca, de generación en generación, yo creo que durante muchos siglos, porque mi abuelo, que nació en el año 1900, también la contaba, se la contó su mamá y su abuela, y así fue pasando. Le preguntaba yo a mi mamá, mi papá, a mis tíos y cada quien tiene su versión de la sirena, ¿no?, y cada quien le pone hasta le quita..., yo creo hasta es válido eso ¿no?, precisamente porque el lenguaje es así, se va recreando y le van hasta inventando cosas.

Pero a mí la que más me fascinó fue la versión de mi abuela, Camila Martínez Xolalpa, la mamá de mi mamá, mi abuela materna. Y ella, la íbamos a visitar en la noche, y mi mamá me decía que no pida nada, ni un taco ni nada (esto viene porque te envuelve el ambiente de dónde íbamos); era una casa, pus' del pueblo de acá. De los pobres, no porque tuviera su casa bien hecha, pero sí tenía su cocina de humo, con su *tlecueitl*,¹ como todos, mi abuela estaba sentada en un petate o en una sillita y [decía]: "Niños primero: vengan un taco"; ya me daba un taco de lo que tuviera en la alacena para su hijo que le quedaba, porque los demás ya se habían casado y se habían ido a sus casas respectivas. Mi mamá llegaba a saludar ahí, íbamos muy seguido, a mí me llevaba; me gustaba ir porque contaba cosas sorprendentes mi abuela, ¿no?; son como ahora los profesores de antropología, de etnología que investigan el pasado y el ambiente ese a mí me gustaba, a mis hermanas no tanto, a ellas les gustaba el relajo, incluso ahí había un torito que era para la "danza de vaqueros", de que uno de mis tíos, Francisco, conocido como *el Camarón* o *el Chato*; él era jefe de danza, de la danza esa, que en San Luis ya se perdió, en San Gregorio, sí, todavía la puede ver uno en la fiesta patronal de marzo. Y preguntaba mi abuela:

— A ver, Chabela — se llamaba así su hija, mi mamá, Isabel Espinoza Martínez —, ¿tus hijos ya fueron al manantial?

¹ *tlecueitl*: 'fogón'.

— Ay, mamá, diario se la viven allá los condenados.

Éramos pastores y ahí estaba el manantial. Luego vámonos a verlo, para que veas dónde fue, porque no son leyendas, ¿no? Si ves la definición de leyenda, lo que dice el diccionario: es una narración ficticia de un suceso, algo así dice, ¿no? Pero la gente le encuentra o le quiere encontrar una respuesta a algo que, pues, que no, no le encuentra razón de ser. Porque de eso ahorita le cuento. Esto viene como antecedente, porque el lugar, su nombre original es manantial, ojo de agua, Acuexcómatl o San Juan Acuexcómatl. Los pueblos vecinos y, otros mismos de acá, le llamaban El Encanto o La Fuente. El Encanto, porque es como este paisaje que estoy viendo: quedas extasiado, bobo, impresionado. En este..., el manantial, de ver tanta agua, yo quedaba encantado de ver tanta agua, y unas carpas así, gigantes, de colores.

Yo nunca vi una culebra roja, es más, creo que ni existen aquí en el mundo chinampero, pero hay alguien que te puede contar eso, que había un canal de desfogue del ojo de agua hacia la parte norte, hacia el chinamperío, y una zanja como de tres, bueno, la gente ni se pone de acuerdo, unos dicen de tres, de cuatro metros. El agua era limpiecita y andaba ahí siempre una culebra roja. Yo nunca la vi, pero la leyenda esta a mí me impresiona y la sigo contando, lo que me contó mi abuela Camila:

— Muchachos, nietos, ¿ya se saben la leyenda de la sirena?

— Ya, abuela.

Y mis hermanos me decían:

— Que te la cuente a ti, que te la cuente a ti — y me quedaba yo ahí.

— A ver, abuela, cuéntela. ¿Cómo era esa mujer, era fea o era bonita?

— Cállate, era una muchacha muy bonita — decía ella, y empezaba su leyenda —. Cuentan...

A mí me dijo, a mí me platicaron. Mi mamá me platicó, mi papá me platicó también, o sea, cuántas generaciones se fueron platicue y platique. A mí me dijeron que en el manantial que tú ya conoces, donde hay mucha agua, hay muchos borbollones, [y que] a medio día sale, dicen unos; otros, en la tarde, dicen que se

aparece; otros, en la noche, pero la versión de mi abuela: a las doce del día salía la mujer.

— Ten cuidado, tú que andas por allá, porque te puede encantar con su belleza, con su canto, porque sale a cantar, y sale a calentarse. En una piedra se sienta. La gente que la ha visto ven a veces su cuerpo, y su demás cuerpo, de su cintura para abajo, está en el agua. Y cuál es la impresión que se llevan, que hasta se han muerto varios, o se han enfermado del mal del susto, porque cuando la sirena se mete al agua y da vuelta, ven que tiene cola de pescado y quedan asustados, impresionados. Pero también con su cántico te puede encantar.

— ¿Y eso que me encanten? ¿Qué puede pasar?

Dice:

— Ah es muy peligroso, te puede llevar a su cueva donde vive, y ya no regresas nunca. Varios ya no han regresado al pueblo porque quedaron encantados y se los llevó; como que los duerme y se los lleva.

— Ya yo no creo eso, abuela.

— Sí, pregúntale a tu papá, pregúntale a tu tío Samuel, pregúntale a tu hermano mayor: ellos dicen que ya la vieron. Yo ya vi a una mujer. Se metió al agua.

— ¿Entonces, ya la viste?

— Y no me encantó — decía.

— Ah, es que tú eres fuerte.

— Pero a los que son débiles, sí los encanta. Yo la vi, una vez que me llevó tu abuelo, fuimos a traer agua, cuando no había en el pueblo, fuimos allá, con nuestras cubetas. Una vez la vi como a la una de la tarde. Se estaba peinando.

— ¿Y con qué se peina, si no hay peine? O ¿qué? ¿A poco había peines Pirámide?

Dice:

— No: con los huesos de los pescados, con eso, según, peinaba su cabello, largo hasta acá, le llegaba hasta la cintura, negro, negro, negro.

— Ah, bueno. A ver, ¿y sus ojos de qué color son?

— También son negros.

Otros dicen que son verdes; otros, azules. Ahí es donde ya cambia. Otros, que el pelo más corto; otros, que el pelo rubio. Pero la mayoría dice negros, sus ojos negros, como tiene que ser, como las mujeres de nosotros. ¿A poco van a ser como los de las mujeres de Estados Unidos o de Europa, como esas güeras desabridas, pelos de elote? Tienen que ser como nosotros, ¿pues cómo?

— Pero te voy a contar, te vas a espantar, algo más maravilloso: cuando se fue. Todo el pueblo lo supo. Se fue ahí, por el mes de mayo.

Ahora estamos a dos, a tres de junio. En el mes pasado hace mucho calor. Y me preguntó a mí:

— ¿Te acuerdas desde el mes de mayo, cómo es?

Es que me la contó en tiempos de lluvias, como en septiembre, octubre, porque había elotes. Yo me acuerdo: cuando me lo platicó nos dio esquites y elotes asados.

— En mayo hace mucho calor, entonces yo fui a traer agua allá — y me dice — sí, yo he ido a traer agua. Cuando no hay agua en el pueblo, pues va uno con su cubeta con todos los muchachos y las muchachas, “pus ten cuidado porque un mes de mayo vino una nube de Tlaltenco” — dice —, “ves que luego se le pone su sombrero al cerro de Tlaltenco”. Y sí se le pone, lo habrás visto, ¿no?, cuando va a llover o cuando es una época, de un efecto climatológico, se le pone su sombrero, quién sabe los de allá si sepan, pero los de acá, ese cerro de allá y... O sea, toda esa cordillera de cerros de Tláhuac forman parte del paisaje de este pueblo; yo me imagino que los de allá, el Teotli, este cerro forma parte del paisaje de acá, y así, ¿no? Son paisajes, paisajes compartidos, se puso su sombrero allá en Tlaltenco y se vino la nube con sol. Me preguntó:

— ¿Tú has visto cuando llueve con sol?

Y le digo:

— Sí, cae la lluvia si como luciérnaga, porque el sol la ilumina bien bonito, abuela.

— Yo no fui a la escuela, pero también sé más que tú.

— Pues sí, claro, por tantos años que lleva usted, abuela.

Pues llegó la nube acá. Primero dicen que llegó al bosque de San Luis Acuexcómatl, y anduvo regando todo el pueblo así, dando una vuelta y otra vuelta. Definitivamente, como a las tres,

tres y media, se posó encima del manantial, y dicen los que lo vieron, cuando la nube anduvo así tan duro en todo el pueblo: “Va a pasar algo, va a pasar algo, va a suceder algo”, porque ya otras veces había sucedido algo: se ahoga alguien, se quema una casa, pero pasa algo, son presagios.

– Ah bueno, ten cuidado con esas cosas porque anuncian algo, son presagios.

– Ah, pues fíjate que la sirena ya no quería vivir ahí, porque el agua ya se estaba acabando – dice –. ¿Acaban de ir apenas?

– Ayer fuimos abuela, ya hay poquita agua.

– A ver, cuéntame, cuéntame cómo es, que no he ido, porque yo lo conocí cuando era mucha agua, mucha, mucha, mucha agua; hoy falta agua en el pueblo. Es un presagio, se va a acabar ya el agua en el pueblo.

Y dicho y hecho, como si lo hubieran cantado, porque después hay versiones parecidas de otras señoras de la misma edad de mi abuela o de tíos o de tías, es lo mismo. ¿Qué anunciaba eso? ¿El que se iba a ir la sirena? ¿Que el agua se iba a acabar? Y se iba a acabar el agua para nosotros, como ahorita [que] ya la estamos viendo bien difícil. De que teníamos mucha agua en el pasado, ahora ya nos la tandean. Y el agua ya no es cristalina, como de manantial.

Pero la nube llegó y se posó ahí. Dicen que la gente lo vio porque fueron a ver por qué la nube se estacionó allá, y vieron cómo la sirena subió a la nube, se sentó en la nube negra con blancos. Dice:

– ¿Has visto esas nubes bonitas, bonitas, bonitas?

– Le digo sí, como borregos, ¿no? Así, lanudo.

Dice:

– Ándale pues, no era una nube cualquiera, era una bonita, porque hay unas nubes bien feas, pero hay unas bien preciosas, bien bonitas. A mí me gustan las bonitas, esas que luego el sol con su brillo las pone bien bonitas. Esas a veces traen granizo, a veces traen mucho frío.

– ¿Ve? ¿Presagia algo, abuela? Usted sabe. ¿Ve?

La sirena se subió en la nube, igual dio una vuelta [a] todo el pueblo y por la barranca ahí se fue rumbo al cerro. La barranca

es la actual calle que se llama Floricultor; [ahí] está la primaria. Es la calle principal del pueblo, y la nube se fue rumbo al Teotli por ahí, entre... —le decía—, entre San Gregorio, San Pedro y Milpa Alta, se fue la nube para allá, y cuando llegó al Teotli, empezaron los tronidos, “pram, pram”, así como cuando va a caer una lluvia muy fea. Cuando una tormenta cae por así en forma violenta, se dice que “azotó la culebra” y sí caen y trae cosas esas lluvias. Aquí ha arrojado uno como pescado, ha arrojado, ha de traer unos como teposcates,² unos como pescados, pues “los traía de quién sabe dónde”, dice mi abuela.

—Yo vi hasta pescados del mar, que trajo las nubes esas.

Yo no sé si haya o no manantial en el monte de Milpa Alta que le llaman Tulmiac, porque por allá se fue la sirena. Tul, toli, tule, no sé qué significa... Alrededor de tules, esto donde hay tules en abundancia. Allá vive la sirena del pueblo de San Luis Tlaxolmalco. Pero uno que estudia:

—Abuela, voy a estudiar más de la sirena, ¿eh?, porque la sirena no es de México, la sirena es cuento, es leyenda de los fenicios, del mar Egeo.

—Es que, bueno, ustedes en la escuela les enseñan, pero les enseñan puras tonterías.

—No, abuela. ¿Cree que aquí llegaron los españoles?

—A ver cuéntame.

Mi abuela no se daba cuenta de lo de la Conquista, pero sí pensaba que eran malos los españoles, y dice:

—Para Tulyehualco, estuvieron los españoles; fue cárcel Tulyehualco de españoles, por eso hay güeros como los españoles —dice—, como lo de la danza esa de..., ¿cómo se llama?, de “Moros y cristianos”, o como la danza que se ponen máscara, del brinquito, la máscara, la danza del Chinelo —dice—, eso es una burla a los españoles.

—¿Y quién le enseñó eso a usted, abuela?

—Un maestro que andaba por acá nos dijo que la danza de los chinelos es una burla a los españoles, y nos preguntó que si

² Probablemente se refiera a los *teposcates*, que son la cría de ranas, los renacuajos.

conocíamos a un español — dice —, yo sí conocí a unos españoles aquí en San Luis, pero que venían de Tulyehualco; quedaron ahí, dice, eran malos, orgullosos, no se bañaban, apestaban bien feo.

— Ah, bueno.

Pero cada quien tiene su versión de la sirena, ¿no?, medio cuerpo de pescado, medio cuerpo de mujer; yo se las cuento esto, como me la contaron a mí, como mis padres y mis abuelos se las contaron a otros, ahora te la estoy contando a ti esta leyenda de la sirena. Pero los que estudian, los antropólogos, dicen que estamos empata, empantanar, amontonando, encimando, una leyenda sobre otra, porque probablemente hubo una leyenda anterior y que los españoles eran bien abusados: “pues aquí nos los agarramos, ¿no? y los bautizamos y le ponemos nombre”. Y dice mi abuela:

— Sí, los padrecitos de antes nos iban a bautizar al ojo de agua y nos ponían nombre.

Le digo: “¿Ve?”. Ahí viene lo bueno: eran vivos los españoles porque dicen que había una deidad antigua, la Acihuahatl, A= Atl: mujer y Cihuahatl= mujer. La mujer del agua, una cosa parecida a la sirena, pero se está recreando con (yo creo los españoles) la sirena, que su Acihuahatl, que es lo más probable, porque también las cosas que tienen que ver con el agua aquí en San Luis.

Yo tuve la mala oportunidad de ir al entierro de dos niños que se ahogaron, uno que lo repito yo a cada rato. Hoy me encontré a su, bueno, a su hermana. La conozco, ¿no? Se llama Adelina. Yo, hasta parece que estoy viendo al difunto, a su hermano, y no a ella. No se me graba su cara de la muchacha y es mi cuaterola,³ ya le dije: “Oye, tu hermano no me deja en paz”. El niño ese tenía como seis, siete años, ni sé qué edad tenía. Su abuela lo llevó sentado en la canoa; la abuela iba remando y el niño iba jugando, sentado así, con el agua, ¿no? Lo llevaron. Pasó por donde yo estaba allá, así, en el bordo y el niño, “adiós, adiós”, así. Yo veo la risa del niño y como a los veinte minutos o menos, la mamá

³ Variante de *cuate*: ‘amigo(a)’.

dio una vuelta en un canal. Después, ya gritaban: “¡Auxilio, auxilio, vengan, vengan, hombres!”, y la señora, pues el niño ya se había caído al agua, ya se estaba ahogado, y cuando yo llegué me pasó una persona [que] es mi tío: “Ve a ver qué pasa, jálale, ten cuidado, ¿por qué gritan?” “Pues quién sabe”.

Ya fui a ver. Cuando yo llegué, se estaban aventando los hombres a sacar al niño, pero ya había pasado. Se metían una y otra y otro.

– Ya se ahogaría.

– A la señora échenla para allá atrás, que no vea, ahorita lo sacamos.

Y alguien lo encontró, salió, emergió:

– Aquí está, ya lo encontré.

– ¡En la madre!

– Échense, pa’llá, échense pa’llá.

A mí también me dijeron, pero no me eché pa’llá. A mí me deja ver, ¿no? Y era el niño que había pasado apenas. Yo apenas supe que se llama Lucio.

Le pregunté a su hermana:

– Oye, no te vaya yo a ofender, mira, tengo una visión de tu hermano que se ahogó y no me deja en paz, dice, pasa mucho tiempo, y tal vez mi mente lo vuelve a recrear, y este...

Yo no veo a la esta amiguita, que es mi parienta, que es como mi prima; yo no veo su cara de ella: yo veo la cara de su hermano. La mente es poderosa, ¿no?, y complica más las cosas.

Hay una forma especial aquí de enterarse de que hay muertito: “Pues hay muertito”, y uno a otro se va comunicando, y, pues, más antes, que era un pueblo pequeñito, relacionado más con lo rural. Pues la gente pasaba caminando y: “Hay un muertito, ¿eh? Se murió el hijo de doña Rosa y de don David. Se ahogó, sí que lo vieron muchos por acá, sí, ya...” Pero cuando es un fenómeno como esos, todo mundo se entera, porque es cuando hubo un muerto, ahora con un balaceado, ¿no?, que no sé qué, todo mundo se entera. Así cuando este chamaco se ahogó, pus todo el mundo se enteró, y mi mamá en la noche: “Vente, vamos a ir al velorio, voy a dejar una cera a la mamá”, que es mi..., que es su prima de mi mamá. Ya me llevó:

– No, jefa, yo no voy, yo lo vi cómo lo sacaron.

– No te pasa nada, para que no te pase nada. Ven a despedirte de tu amiguito.

– No, mamá, yo no — y no me hicieron ver al niño.

Total, que ya escucha uno todo, yo me acuerdo, estaba yo sentado por ahí, te dan un café, un té, un pan en la noche y ya rezan; terminó el rosario y ya empezaba a lloviznar; empezó a lloviznar igual que como cuando la sirena, pasó creo eso un año después. Esto se relaciona porque el presagio anuncia algo, alguien se va a ahogar en este pueblo, y dos se ahogaron, dos de otro pueblo los muertitos, pero deja continuar. Al siguiente día se va a enterrar al niño, y mi mamá, mi mamá dice: “Tienes que llevar al niño a enterrar, tú lo vas a cargar”.

Cuando un niño o niña se muere, más cuando es ahogado, va mucha gente, yo creo que nuestra mente de un pueblo lacustre quedó esta memoria que tiene que ver con las deidades antiguas, ¿no? Con Tláloc, el dios de algo, de la lluvia, y con una cultura antigua que quedó grabada en nuestra memoria, porque se hacen cosas que no se hacen cuando un niño fallece de una enfermedad o de atropellamiento. Pero cuando murió ahogado, la atmósfera cambia, se siente diferente, y al siguiente día hay que enterrarlo. Y al niño le compran su caja blanca, y lo ponen en una mesa de las que venden luego por ahí. Y le ponen un arco en frente y un arco atrás, y lo adornan con flores blancas, y reparten flores de nubes, y mi mamá me dice:

– Tienes que cargar a tu amiguito.

Y este, el presagio es de que, ¿cómo se llama? Algo anunció cuando la sirena se fue, ¿no? Y yo sentado ahí. “Se lo llevó la sirena”, ¿qué?, no. Que se lo llevó la Acihuahatl. Sirena, no, sirena es de alguien que no es letrado, que llegó a la secundaria o a sexto de la primaria. Acihuahatl o Acicihuahatl, una deidad antigua que hubo aquí, que se veneraba, que los españoles le sobrepusieron su sirena, trajeron su sirena, por como dice este niño, es del mar Egeo. Allá lo han visto los marineros de esos mundos, que en el mar ven, como que en el mar ven como al barco lo van siguiendo la sirena, igual los encantaba, pero aquí es Acihuahatl.

Pero cada quien tiene su versión de la sirena, ¿no?, medio cuerpo de pescado, medio cuerpo de mujer, ya se las cuento, esto como me la contaron a mí. Como mis padres y mis abuelos se las contaron a otros, ahora te la estoy contando a ti, esta leyenda de la sirena.

Y pus esa es la leyenda de la famosa sirena, ¿no? Y en Toro también hay otra leyenda, no sé si te la conté, de una iglesia que se sumió. Pues, vamos te la cuento allá.

Informante: José Genovevo Pérez Estrada, chinampero, 75 años aproximadamente, pueblo de San Luis, Tlaxiátemalco, Xochimilco.

Entrevistó: Aldo Naranjo, mayo de 2014.

[8.] Se aparece en el lago

No, yo nunca la he visto, y eso que trabajo aquí, en el bosque. Me lo contó un señor que viene a correr todos los días, tempranito, como a las seis o siete de la mañana, y a veces viene a visitarme también. Dijo que él venía corriendo, alrededor del lago, y entonces se apareció. Alcanzó a ver cómo la sirena se zambullía en el agua; alcanzó a ver su cola de pescado, que brillaba por el sol. Ojalá yo la llegue a ver algún día, porque sí existen. Le voy a decir al señor que venga a hablar contigo.

Yo, como narradora oral profesional, me sé muchas historias de sirenas, como “La sirena Casilda”. ¿La cuento?

Casilda

Hace mucho, pero mucho tiempo, hubo una sirena llamada Casilda, que vivía en el fondo del mar. Era una sirenita muy bella, con el pelo largo y escamas de color naranja, tan brillantes que daban luz a todos los que vivían con ella. Casilda era muy tímida, le encantaba nadar y dar vueltas en el agua, pero lo que más le

gustaba era cantar. Cantaba muy bien, pero era tan tímida y vergonzosa que no se atrevía a cantar delante de los demás, siempre se escondía donde podía y cantaba sola, ese era su gran secreto.

Un día, mientras nadaba en el fondo del mar, encontró una grandísima burbuja, y tuvo una idea: "Me la quedó, podría cantar dentro de ella sin que nadie me escuchara. Sí, es perfecta." De modo que así lo hizo. Casilda iba todos los días a meterse a la burbuja a cantar.

Un día, mientras cantaba felizmente, pasó algo terrible: un montón de tiburones se acercaron a donde ella vivía junto a su familia y los peces, para molestarlos. Casilda, que estaba metida en una burbuja, sin que nadie la oyera y sin oír lo que pasaba afuera, no se dio cuenta de nada. Cuando salió y acudió a casa, vio que todos estaban muy tristes y asustados. Nadie sabía qué podían hacer para que los tiburones no fueran ahí a molestarlos de nuevo.

Al día siguiente, apareció uno de los más ancianos del mar y encontró la solución: "Escuchad tan sólo hay una cosa que aleja los tiburones, pero desde hace muchos años no he visto nada igual por aquí." Todos los habitantes del mar estaban muy intrigados y preguntaron al anciano: "¿Y qué espanta los tiburones?". El anciano les contó que hace mucho tiempo los tiburones siempre iban a comer allí y entonces descubrieron que sólo el canto de una sirena con escamas naranjas los podía espantar. Cuando el anciano les contó esa historia, todos se pusieron a pensar en una sirena que tuviera escamas naranjas y que cantara bien, y de repente uno de los peces dijo: "¡Casilda, tiene las escamas naranjas, seguro que ella nos puede salvar!" "Pero Casilda no sabe cantar", dijeron los demás. Pero como era la única sirena con escamas naranjas, todos fueron a buscarla para preguntarle.

Casilda estaba metida en la burbuja cantando, cuando un erizo de mar pasó por su lado y sin querer explotó la burbuja. Casilda no se dio cuenta y siguió cantando, pero en ese instante todos llegaron y la oyeron cantar. Cantaba tan bien que todos se quedaron un buen rato detrás de ella, la boca abierta. Cuando Casilda se dio la vuelta se llevó un susto enorme; le dio tanta vergüenza que se puso colorada como un tomate.

“Casilda, qué bien cantas. Tienes una voz preciosa, ¿por qué nunca habías cantado para nosotros?”, preguntaron todos. “No sé. Es que si alguien me mira cuando canto no soy capaz de cantar nada, me da tanta vergüenza que no me sale la voz”, dijo Casilda avergonzada. “¡Pero Casilda, el anciano nos ha dicho que tan sólo el canto de una sirena con escamas naranjas puede salvarnos de los tiburones! ¡Necesitamos que cantes, tienes que hacerlo!”, le dijeron.

Casilda nunca había podido cantar delante de los demás, pero entendió que tenía que hacer un gran esfuerzo para salvar a todos sus familiares y habitantes del mar. Entonces se esforzó mucho y lo consiguió, y desde aquel momento nunca dejó de cantar para todos, y los tiburones nunca más se acercaron, dejando a todos los habitantes vivir en paz. Este es un cuento de Irene Hernández y, bueno, aquí estamos. Gracias.

*Informante: Alicia Martínez Sánchez, cuenta cuentos
y promotora cultura, 42 años, Bosque de Tláhuac.*

Entrevistó: Grissel Gómez Estrada, mayo de 2017.

[9.] La mujer que quería echarse un baño en La Joya

Yo ayudaba a las faenas del campo. Se sembraba papa, maíz, calabaza y frijol, nopal. Conocí a un tío político que “limpiaba”. Él, por naturaleza era “limpiador”, curaba, curandero por decir, por naturaleza. En una ocasión lo oí comentar con mi papá, se llevaban bien. Dice que fue a buscar ardillas por aquí del lado del cerrito. Se le hizo tarde, dice: “y de regreso yo encontré a una chica común y corriente”, y comentaba que del cerro al Calvario (a qué altura, no sé, porque era un comentario entre dos personas adultas), y comentaba mi tío que esa mujer, según le dijo, le gustaría echarse un baño en La Joya (la parte de abajo del pueblo donde usted vino, pasando el puente, casi hasta la Cruz, es donde se llama La Joya). A esa chica le gustaría echarse un baño ahí, pero fue el comentario nada más, ya no la volvió a ver.

Mire, le digo que yo era muy pequeña y sólo oí el comentario de mi tío, pero él comentaba que no era mala la chica, que cuando la vio por el cerro, dice que era una chica normal; el único comentario que le llamó la atención fue cuando dijo: "Tengo muchas ganas de darme un baño en esa Joya", y nada más. Hasta que lo vio mi primo.

Posteriormente, pasó un como accidente; un primo mío que se llamaba Gregorio Zamora fumaba mucho de joven y tenía un terreno cerca de la barranca donde se hacía una como contención de agua, pero temporal, en un peñasco. En esa ocasión había bebido mucho. Mi tía era viuda y estaba a cargo de su hijo, que se escondía de ella. Él se fue a tirar a su terreno, y estaba tomando; dice que escuchó un chasquido en el agua, como que botaba y vio a una chica muy bonita de pelo rubio sentada en el peñasco. Le llamó la atención, estaba borracho, pero le llamó la atención la chica. Lo que lo hizo reaccionar fue cuando da vuelta la chica y le ve la cola de pescado, fue cuando reaccionó, hasta se le quitó lo borracho y se echó a correr. Ese comentario lo supe por mi tía: "Fíjate que a Gregorio le pasó esto, pero él tiene la culpa".

Pasó ese incidente. Pero Gregorio tenía una hermana que me seguía a mí; siempre andábamos juntas. Mis padres tenían borregos y a veces los borregos, cansaditos, llegaban a estar en la casa. Para esa ocasión, mi madre nos ordenó: "Lleven a pasear a los animalitos aquí al solar". Pero éramos muy latosas, porque no obedecemos a mi mamá; nos fuimos bajando, nos atravesamos un terreno, nos pasamos una calle, agarramos otro terreno, otra callecita y fuimos a dar al campo deportivo que actualmente es jardín de niños. Nos bajamos. "¿Vamos a ver la sirena?" "Pues vamos".

Yo creo que sería por el mes de junio o julio, porque lloviznaba y el solcito salía. Ahí estuvimos un rato. Éramos bien groseras. "No sale la... vámonos". Pero nos entretuvimos porque teníamos que pastar a los borreguitos y estábamos sentadas en el maguey, tratando de ver qué iba a salir de ahí; ya se nos había olvidado que nos teníamos que ir. "Ya nos va a venir a buscar mamá", "ahorita nos vamos" y empezamos a escuchar el chasquido del agua, y reaccionamos. Yo tendría entre 8 y 10 años. Me enderecé, y vimos todavía cómo volteó la cola, pero no vimos el cuerpo completo...

Yo creo que era mediana, porque bien que se levantó y se perdió. Nos quedamos calladas, nos echamos a correr y atravesamos el terreno, la callecita, y subimos a donde actualmente es el kínder. Estábamos tratando de ver, pero ya no vimos nada, nos venimos de regreso y nos quedamos calladas. No sé cómo se me salió comentarle eso a David, mi sobrino, porque me lo tenía yo bien reservado. Mi mamá nunca supo qué hicimos, hasta que David estaba platicando conmigo y se me salió, si no, nunca hubiera sabido nadie lo que habíamos hecho. Me descubrió mi sobrino que sí habíamos hecho eso. Pero el cuerpo nunca lo vimos, nada más la vuelta que dio y la colota, y eso fue todo lo que vimos porque ya no regresamos de curiosas al mismo lugar, por el impacto de ver la cola. Por eso nos echamos a correr, pero la cola era grande, así, abierta en medio y brillante. Es una de las cosas que viví de niña.

Fueron tres veces que sucedió lo de la sirena. No lo comentábamos porque era mi secreto por andar de latosas, y sólo escuchábamos comentarios, pero sin profundidad, nada más sobre su existencia, pero nada más. No sabría informarle si alguien más la ha visto, pero sí la vimos, y no tan lejos, digamos que esta es la orilla del terreno, y la vimos de aquí al arbolito, no muy lejos, nada más la altura del terreno porque estaba en alto, ¿sí le enseñaste dónde estaba? Y nosotros estábamos arriba, pero últimamente lo rebajaron, porque hicieron casas y estaba más altito. Ahí estábamos de latosas tratando de verla.

Algo sobre Juan Carnero

Está además la leyenda de Juan Carnero. La hemos escuchado mucho. Este señor era un saqueador de caminos. Pasaba un tren por el puente y solito asaltaba. En la cueva de Juan Carnero, dicen que ahí atesoraba todo lo que robaba. Era un saqueador solitario y en los cerritos ponía gabanes con su sombrero simulando que eran sus compañeros, y él solito, solito asaltaba.

Durante un tiempo, cuando yo era más grande, había un viejito que vendía tejamaniles. Son tablas como en “Y”, pero más angostitas; servían como techo para las casas, y las hacían como rajitas, pero no grandes, eran chaparritas las maderitas, y no sé por qué él las tostaba, yo creo que hacía brazas, y las volteaba para que agarraran fuerza, no sé. Un día de tantos, bajaba ese señor, y se le escuchó decir: “Ya estoy cansado de ser pobre”, y se metió a la cueva. Dicen que sí sacó dinero. Después ya subía con su animalito y llegaba a bajar, pero ya los bultitos ya no eran de tejamanil. Después se perdió el viejito, porque ya era grande el señor. A ese sí lo conocí, pero dicen que sacó...

El tío que me platicó era un curandero, tenía dones; él nos llegó a platicar: llevó muchos kilos de lazo y se llegó a meter a la cueva, “pero yo no encontré dinero, caminé, y lo que había dentro era mucha agua; caminé más adentro, extraño, y no sé por qué hay plantado mucho chícharo y hay penquita; no sé si fue una ilusión ver el chícharo”. Encontró planta floreado, ¿ve que el chícharo florea cuando todavía no suelta la penca?

¿Ha oído hablar de las hormigas que dan vino? Hay unas hormigas que había, actualmente yo creo que no. Ese tío cortaba las pencas de maguey, recorta las espinas, y así las traía. Son unas hormiguitas que su cuerpo es de un tercio de un capulín, esa forma tienen, y son gorditas, y ahí tienen el vino. Mi tío era muy curioso, porque dice que las sacaba con un popotito. Metía el popotito a los agujeritos y las hormigas se pegaban, entonces las sacaba y las iba poniendo en la penca. Ese sí nos gustaba mucho, lo esperábamos, pobrecito de mi tío, nos daba en la mano unas hormiguitas, bien ricas que están.

*Entrevistaron: Grissel Gómez Estrada, David Garcés
y Carlos Melgar, 5 de febrero de 2018*

*Informante: Yolanda Morales, campesina, 69 años.
San Lorenzo, Milpa Alta.*

[10.] La sirena que gritaba en las noches

Desde mis bisabuelos, mis abuelos, papás, todos son originarios de aquí, todos, todos somos de aquí. Anteriormente mi papá tuvo ganado vacuno, entonces llegó a tener setenta cabezas de ganado, y yo, desgraciadamente, no sé leer ni escribir, sé un poquito porque llegó una médico veterinaria y me enseñó. Fue muy amable esa maestra, igual me dicen que anda por Guerrero, y es la que me enseñó muchas cosas. Mi papá decía que la escuela era para flojos; el recreo, para flojos, holgazanes. Nomás no me pregunte, yo llegaba de la escuela y a dormir, porque me acostaba a las once de la noche y mi papá nos levantaba a las cuatro de la mañana.

Lo que según se ha oído acá es: salía la sirena o se solía oír lamentos de ella que gritaba y todo eso. Yo nunca me he topado con el muerto o el aire. Tiene como medio siglo, caminé de Santa Ana para acá, y hay un lugar que le decimos [...]. Encontré un animal prieto azabache, grandísimo, lo quise patear y haga de cuenta que me pusieron una barra de hielo, pero yo no me espan-té ni nada de eso, y nada más esos casos no me los creo. El aire vaya que les hace daño, aquí decimos que si te hacen mal encuentran aire. Me creeré de otras cosas, me creeré del vivo y otras cosas, pero... del vivo por que me está esperando por allá aparrado en unas hierbas o algo así, pues ya me atacó, pero yo de muertos no me creo.

De la sirena me contaron mis abuelos; tienen más de medio siglo que murieron, me contaban de la sirena, que salía con sus lamentos, sus gritos, que sus hijos... Estaban en la noche, acostados, descansando y ella gritaba y caminaba por las calles aquí en el pueblo. No sé si encontraba a alguien o quería llevarse a alguien, pero así que gritaba: "Ay, mis hijos" y quién sabe qué... Incluso a quien le puedes preguntar es al doctor Abel. Ese, supe, aún la escucha hasta la fecha.

Se aparecía en un pozo, y en ese pozo se estancaba el agua temporal, y ahí los de la escuela según iban a nadar, iban personas que iban a nadar. El hermano de Armando, el mayor, fue a nadar ahí. No sé qué vio exactamente o cómo fue que le ganó el mal, pero

murió el muchacho. A partir de ahí fue que sus papás vendieron y se fueron para la ciudad. Me platicó mi papá que el aljibe, que su arena la acarrearón del [tlaloh] con costales, y de ahí ya lo embocaron con las corrientes de agua para que siempre hubiera agua.

Es que recuerdo que mi abuelita me contó una vez que a una persona iba a ser llevada por el aljibe, y se lo atribuían a la sirena.

—Sí, David. Se hacía una especie de remolino, entonces jalaba a la gente; eso sí recuerdo que me contaron, que la sirena hacía remolino y los jalaba. Entonces dejaron de usar el aljibe. El agua esta fue en el 32 o en el 35, porque el tubo metálico fue de Petróleos Mexicanos, con Lázaro Cárdenas. Ya después, tendrá como veinte años que está el de asbesto. Pero que yo haya visto, no... Anteriormente se veía y escuchaba que la gente se convertía en nahuales y todo eso, eso sí mi mamá me lo contaba... [...] Empezaban a gritar los pastores, debían tener cuidado porque el nahual iba a sacar el ganado. Aquel se convertía en perro, en burro, según dicen; se podía transformar en un maguey, en un nopal, en una roca, una misma persona se podía transformar en varias cosas.

—Ah, los nahuatotos.

—Según dice mi hermano Javier, según dicen que hay agua acá en la barranca, dicen que ahí abajo sí hay agua, la verdad nunca vimos nada, por ahí se veían. Eran unos hombres pequeños, increíbles que se ponían a jugar en la barranca, que se escuchaba que jugaban, eran niños pequeños, insignificantes. Es la misma barranca de la que hablábamos, también es la misma del pozo, todo esto va a desembocar ahí en la barranca principal. Sí, todo son cosas que me platicaron, como que ahí en el pueblo frente a la iglesia pasa un río y es como que te platicaron que el nicho del lecho está en una cueva y esa cueva va a salir donde estaba el río y hay otra ahí en Santa Cruz.

Yo sí he escuchado lo que dicen de la sirena, pero que la haya visto, no. Al que sí le pueden preguntar es al doctor Abel, tendrá como unos ocho años que escuché que dice que todavía la oyó.

—Sí, y supe de otra persona que también la vio, tendrá como unos dos años, del Calvario para abajo. Dice que era una mujer algo joven, con ropaje blanco. Esos árboles que se ve aquí derecho,

ese montículo de árboles, es Calvario, es una capillita que está sobre del cerro. El chavo ese dijo que la vio sobre los árboles y que iba descendiendo al pueblo.

Hasta la fecha muchos han dicho que han visto al muerto, mis sobrinos lo han visto, pero no me acuerdo si el grande o el chico, también lo vio que iba por allá, lo siguió y lo siguió, se vino a meter allá donde mi pariente Albino, y ahí desapareció, en el callejón. Eso me lo platicaron hace como tres, cuatro años. Es una imagen, un bulto que no se le ve la cara, me platicó mi sobrino que va de blanco y no se le ve la cara, va con su velo y todo eso, pero no, y simplemente que no va pisando el suelo, sino que va volando, vestida de blanco, con el velo arrastrando. En el monte no se encuentra, eso digo, porque si dicen que es la Llorona, que porque dejó sus hijos o se le murieron los hijos, entonces pienso que es en un poblado, que los anda buscando, por eso sus lamentos. Muchas personas me han dicho que la han oído.

Son las cosas que todavía se ven por acá, incluso el lamento del muerto se sigue escuchando; apenas mi vecino me comentó que lo oyó en los días pasados. Beto lo escuchó atrás de su casa. Se levantó a las tres, y escuchó al muerto, los tres lamentos espaciados, los escuchó detrás de su casa.

Esas cosas son de noche. El muerto son espíritus o aires que vienen vagando por alguna aventura, algún recuerdo que salen a padecer por lo que dejaron o sufren. Es lo que yo creo, porque desgraciadamente nunca lo he visto, porque el día que lo escuche, quién sabe...

*Informante: Rafael Andrade Argüelles, pastor, 76 años.
San Lorenzo, Milpa Alta.*

*Entrevistaron: Grissel Gómez Estrada,
David Garcés y Carlos Melgar,
5 de febrero de 2018.*

Bibliografía citada

GOMEZCÉSAR, Iván, 2008, "Los pueblos originarios de la Ciudad de México". En Francisco Chavira Olivos *et al.*, *Crónicas de los pueblos originarios*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

ORTEGA OLIVARES, Mario, 2010, "Pueblos originarios, autoridades locales y autonomía al sur del Distrito Federal". *Nueva Antropología* 23-75 (julio-diciembre).. Versión en línea, 28 de diciembre de 2016: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362010000200005>.